



El tema es peliagudo, pero ha de abordarlo. Desde luego, he de quitarle la hojarasca anecdótica. Sería minimizarlo si me recreo en que conocí al P. Llanos en un acto de la ACN de P. en el que el ponente era Federico Silva; en que protesté contra la estupidez del embozonamiento de Gilda, yéndome a ver la película; en que tuve una muy larga

charla con él, un día al salir de las reuniones del Consejo de Redacción de *La Hora*, cuando ya formábamos parte de algo bien diferente del lugar «al Imperio desde una Universidad de señoritos»; en que le admiré casi siempre por sus primeras colaboraciones en *ARRIBA*, y que después me ha ido aburriendo progresivamente en las de *Ya*; en que hablé largamente con Pedro Rodríguez sobre su entrevista en el Pozo del Tío Raimundo; en que comenté con gentes del viejo SUT sobre sus puntos de vista en torno a lo ocurrido en este suburbio madrileño. Creo, por el contrario, que la recepción del carné honorario de Comisiones Obreras por el padre Llanos, y la petición que formuló en torno a su número como afiliado, tiene connotaciones mucho más importantes.

Me referiré, en orden a esto, a tres documentos. Uno titulado *Actitudes cristianas ante la actual situación económica*, más conocido como *Nota de El Escorial*, publicada el 19 de septiembre de 1974, con autorización de la Comisión Permanente del Episcopado. La firman seis preladados, al menos en el folleto de 15 páginas que manejo, publicado por *Vida Nueva* ese mismo año.

He de señalar que los seis obispos que la suscriben no son conocidos, en los medios intelectuales, como expertos en temas económicos. En la jerarquía española, personalidades tan destacadas como los obispos de Huelva y Córdoba han mostrado de modo palpable su competencia en estos terrenos. Ni éstos que cito, ni algunos otros que podrían añadirse, están entre los firmantes de tal *Nota de El Escorial*. Por tanto es de suponer que se documentaron en borradores que seguramente les han facilitado sacerdotes y laicos vinculados a ellos. Como no se señalan tales posibles inspiradores, me encuentro con dificultades para apreciar ciertos matices, y si determinados silencios o frases tienen un sentido u otro. Pero en su conjunto la denuncia de los costes del desarrollo económico español, la llamada de atención hacia las multinacionales y hacia concentraciones monopolísticas, la necesidad de una distribución más equilibrada de la renta en lo regional y en lo personal, la publicidad de la política económica para evitar riesgos vinculados a la corrupción, el que se elaboren modelos que generen pleno empleo, la utilización del instrumento fiscal como eje de la actuación del sector público, la necesidad de ampliar el ámbito de la Seguridad Social, aunque expuesto todo con un cierto desorden, ofrecen un panorama realista, serio, reformista, y de acuerdo con los intereses generales de la Patria.

Por otro lado, en «*Revista de Fomento Social*» abril-junio de 1976, se publica un número monográfico sobre el movimiento «*Cristiano para el socialismo*». La línea ya no es la del documento anterior. Basar una cosa en la mentira es grave. Juan N. García-Nieto señala que este movimiento nace en 1973, en (pág. 120) «*El encuentro de Avila*». No existió tal encuentro, según declaró públicamente en los cursos de Teología de la Universidad de La Rábida. Los CpS —*Cristianos para el Socialismo*— ofrecen «una amplia gama de opciones marxistas» (página 124), y explícitamente se señalan al PCE, al PSUC —*como si fuesen otra cosa*—, al MC, a la organización de Izquierda Comunista y a otra serie de entidades marxistas.

Se estudia por ellos desde «el sentido de la Eucaristía en una praxis marxista» al tema «¿Puede un sacerdote ser comunista?». Su contestación es positiva, claro. Matías García nos señala cómo los CpS hablan «de dos caminos o itinerarios que conducen a la situación de simultaneidad en la fe marxista» (pág. 149). El léxico marxista más crudo es el que lleva a la conclusión de que «la lucha obrera, campesina y popular contra el Estado franquista y su oligarquía monopolista no significa que se haya superado ya la fase de acumulación de fuerzas que el proletariado tiene como objetivo estratégico: la construcción de la sociedad socialista y el enfrentamiento final y decisivo con el capitalismo explotador» (pág. 176). Su mensaje clave es claro. Como «Cristo vivió y murió víctima de la opresión de los poderosos de su tiempo... nos hace participar en la lucha de clases» (pág. 177).

Acumular textos no serviría más que para aclarar que la *Nota de El Escorial* y lo que se deriva de la pseudodeclaración de Avila son, en realidad, textos de dos Iglesias, no ya con dos opciones económicas, sino con dos concepciones teológicas. Eso ocurre ahora en España. Como estudioso de las ciencias sociales señalo el hecho, por encima de los avatares personales de un sacerdote al que admiré y, en lo humano, aún admiro. Esperemos que la Iglesia, «una», pronto aclare su postura, como ocurrió con el caso de un Buchez, para el que la Convención había sido «el último concilio cristiano celebrado en Europa», o con las doctrinas regalistas y su impacto en Port-Royal. A nivel de teólogos, y para personas de cierto nivel intelectual, se procura aclarar el tema. Ahí está el magnífico manifiesto, de una insólita calidad, titulado *Afirmaciones para un tiempo de búsqueda*, firmado el 1 de junio de este año por Ricardo Alberti, Rafael Belda, Olegario González de Cardedal, Juan Martín Velasco, Antonio Palenzuela, Fernando Sebastián y José María Setién. Tan perfecto es, que no me atrevo a desplejarlo con la menor cita, pues es un todo excelentemente trabado, en lo religioso, en lo político y en lo socioeconómico.

Pero, ¿y el buen hombre que entra un día en un templo y se encuentra con que es «otro»? ¿Debe continuar esta coexistencia? ¿La caridad cristiana no empieza precisamente por estos «pequeñuelos» desorientados por tan dispares mensajes?